

Voces del feminismo sindical docente en Patagonia



Viviana Alejandra Rancaño¹

Unión de Trabajadoras/es de la Educación de Río Negro, Central de Trabajadores y Trabajadoras de la Argentina, Argentina
direccion@fdc.edu.ar

Soy/somos mujeres feministas que no tuvimos conciencia de serlo hasta que comenzamos a participar en redes de acompañamiento a mujeres víctimas de violencia de género. Nos preocupan y nos ocupan: nuestras contradicciones, nuestras ignorancias e incertidumbres. Como trabajadoras de la educación, desde que pisamos el territorio —las escuelas y los barrios, recorremos la comunidad— vamos aprendiendo a reconocer problemáticas y a emprender acciones para garantizar derechos; derechos conquistados a la luz de las luchas de nuestros sindicatos y de la sociedad.

En el andar, también nos damos cuenta que nosotras: docentes y sindicalistas, sufrimos violencias cotidianas, y casi sin entender por qué no podemos salir de esos círculos de violencia nos convocamos a pensar juntas. En esa instancia de hacer visible nuestro problema, nos organizamos, nos formamos y buscamos a nuestras referentes para construir herramientas que nos ayuden a enfrentar al victimario y además, que nos acompañen en la decisión de elegir una vida diferente para nosotras, para nuestras compañeras y para nuestros hijos.

De dónde vengo...

Nací en el barrio 9 de Julio, de José C. Paz, zona del conurbano bonaerense. Allí también compartieron la infancia las dos familias, materna y paterna. Barrio de trabajadoras y trabajadores que desde las cinco de la mañana se trasladaban a la “capital” a trabajar y volvían en un encuentro casi familiar, compartiendo los viajes de colectivo, tren o subte.

Mi padre llegó con mis abuelos a la Argentina a los cuatro años, escapando de una España desolada, logró ir a la escuela primaria y también a la secundaria. La escuela-fábrica —que así denominaban entonces a las escuelas técnicas— le permitió conseguir trabajo en una curtiembre hasta el momento de jubilarse. Y mi madre, nació en un campo en las afueras de Villa Mercedes, San Luis. Su familia junto a los seis hermanos vinieron a Buenos Aires, buscando trabajo y otras oportunidades. De adolescente necesitó ir a trabajar y junto a sus hermanas aprendieron el oficio de coser y trabajaron en talleres ubicados en el barrio de Once de la ciudad de Buenos Aires; aunque cuando se casó dejó de hacerlo y solo hacía algunas costuras en casa.

¹ Secretaria de Acción Social de la Unión de Trabajadoras/es de la Educación de Río Negro (Un.T.E.R. Seccional Bariloche). Secretaria de DD. HH. de la CTA de las y los Trabajadores de Río Negro.

Los barrios, en la década de 1950, organizaron sociedades de fomento y en una acción colectiva, iban instalando los servicios: hombres y mujeres, paleaban y abrían las calles de tierra, plantaban postes para el servicio de luz, armaban los carnavales y las tertulias, acompañaban a la enfermera de la sala de primeros auxilios a vacunar recorriendo las casas.

Comparto estas vivencias de infancia porque se entrelazan con políticas públicas de un estado de bienestar que generaba puestos de trabajo, que garantizaba la escuela para todos, que acompañaba a las trabajadoras en el emprendimiento de hacer su casa y un pueblo que emprendía un trabajo no solo para su beneficio sino para los demás.

Las mujeres de mi familia, las vecinas y les hijes quedábamos en el barrio con las tareas de cuidado, pero también con las tareas que “supuestamente” tenían que hacer los hombres que durante el día no estaban.

En este encuentro vecinal además, se compartían conflictos y problemáticas intra y extrafamiliares de la vida cotidiana, las ausencias, las pérdidas, los egoísmos, las disputas, la violencia, la impunidad. Esa convivencia nos permitía ir construyendo una manera de interpretar el mundo de modo colectivo, algo de lo que ahí acontece te deja huellas, a veces imperceptibles, de compromiso y solidaridad. Hasta que una dictadura y el terrorismo de Estado paraliza e impregna todo con el miedo y el silencio.

Inicios en la militancia... encuentro con mujeres que luchan y enseñan

Entendemos que ser maestras y profesoras es una construcción colectiva. La formación docente es un trayecto inicial que te da impulso para concretar, tal vez un deseo, una necesidad de querer cambiar el mundo y que la vida del pueblo sea más digna e igualitaria.

Fue en 1988 cuando realicé el primer acto militante —afiliarme al SUTEBA—, inspirada en el compromiso político gremial de mi compañera Graciela “Cacha” Rodríguez y viviendo el inicio de un paro, una marea imparable de asambleas, marchas por las ciudades del distrito: San Miguel, José C. Paz, encuentros en el sindicato y la “Marcha Blanca” como un bautismo de inicio que sería una marca imborrable en la trayectoria gremial.

Como experiencia laboral, solo contaba con algunos meses del año anterior, cuando terminé la formación en el Instituto e ingresé al sistema público estatal en la educación inicial, en provincia de Buenos Aires, en aquel entonces, partido de General Sarmiento.

En 1992, asumí la Dirección del Jardín de Infantes N° 932, con “sala a cargo” del barrio Rafael Obligado, en Bella Vista, asentado sobre la orilla del Río Reconquista, límite entre dos distritos del conurbano bonaerense. Sin edificio propio y habitando un sector de la sociedad de fomento del barrio parecía una situación problemática y compleja pero, para la experiencia de una docente-directora novel, fue una oportunidad. Allí, todo se trabajaba en red, con la escuela primaria, con la sala de primeros auxilios (que también funcionaba en el edificio de la sociedad de fomento). Sin dejar de asombrarme, la doctora, la enfermera, la abogada y yo, nos reuníamos una vez por semana con las mujeres que, siendo víctimas de violencia de género, intentaban en una fuerza colectiva: construir sus casas y conseguir trabajo. Jamás perdían la esperanza, pese a que en las inundaciones frecuentes el agua se llevaba esas casas y ellas solo volvían a construirlas.

En 1994, llegué a San Carlos de Bariloche, no fue una decisión totalmente propia, pero siempre sentí que fue una gran decisión. Durante diez años fui maestra en el Jardín de Infantes del barrio Boris Furman y, simultáneamente, preceptora en el Jardín del barrio Elflein. Las comunidades educativas de estas instituciones abarcan más de diez barrios de los alrededores; con ellas transitamos las crisis socioeconómicas más complejas de la provincia, en 1995 y 2001. Desde ese tiempo, comencé a participar en la UnTER como delegada y, así, fuimos protagonistas de las luchas más significativas del colectivo docente, en Río Negro y en el país: la Carpa Blanca, el ayuno y las marchas que congregaban a la comunidad empobrecida y sin expectativas de un futuro mejor.

En el transcurso de esos años integré las conducciones locales y, también, viajé por distintas regiones del país para trabajar en la Comisión de Educación Inicial de CTERA, con el propósito de realizar encuentros de debate sobre las nuevas perspectivas y de educación inicial.

En el año 2000, iniciamos en la UnTER-Bariloche el proyecto de “escuelas de sectores populares” de la mano de Patricia Redondo, descubrimos qué sucedía en nuestras escuelas. Convocamos durante un año a los equipos docentes para que miráramos colectivamente lo que acontece al interior de la institución, qué sucedía en el barrio y cuál era ese vínculo entre la comunidad y la escuela.

Unos años después, cuando se generaron las nuevas políticas públicas integrales y de protección, junto a mi compañera Patricia Lande, hoy secretaria general de la Seccional, nos propusimos emprender una lucha pequeña pero gigante que se convirtió en una bandera ineludible, exigir la educación maternal para todas las niñas, niños y niñas.

En ese transitar y ya trabajando en el Instituto de Formación Docente, sumamos a nuestra utopía a Silvia Rebagliati y conformamos un equipo de intervención territorial y político sindical. Las tres “mosqueteras”, las tres empujadas con divulgar, insistir, perseverar en la construcción de una educación inicial completa y en clave de protección de derechos, organizamos talleres, encuentros, nos sumamos al Foro de Infancia y Adolescencia y desde allí al Consejo local. Hoy, en la Comisión de Primera Infancia sostenemos acciones como el espacio de juego en el hospital zonal “La guagua andariega”, acciones que se desprenden de los proyectos políticos pedagógicos de la formación docente y de la militancia por los derechos humanos.

Son más de veinte años de trabajo militante y de ir compartiendo esta identidad de mujer gremialista feminista con las otras mujeres, compañeras que van sosteniendo nuestra vida sindical y laboral. Compañeras como Stella Maldonado, Sonia Alesso, Cecilia Martínez, Estela Díaz, Graciela Rodríguez, y muchas más, nos fueron fortaleciendo en nuestras convicciones y en nuestras ideas feministas.

Es posible cambiar el paradigma de un colectivo docente, es posible ser militante y madre, es posible... siempre y cuando nuestra agrupación sea parte de la crianza de los hijos y que nosotras aprendamos y reconozcamos que la crianza compartida es una fortaleza. Esta perspectiva es la que nos permite ser parte de comisiones directivas del sindicato, ser dirigentes y, al mismo tiempo, madres y compañeras.

Hace un poco más de ocho años, como organización gremial comenzamos a participar de la “Red de Géneros Bariloche”, agrupación feminista que fortaleció nuestras certezas y nuestras ideas, que nos dio las herramientas para sostener y acompañar a las mujeres. Actualmente, estamos participando en el Consejo Intercultural de Mujeres y en el Consejo de la Diversidad Sexual de Bariloche.

Durante el 2020, intentamos estar presentes en todas las acciones de los dos consejos municipales y seguimos acompañando a las mujeres que necesitaban a una “otra” y al sindicato, para animarse a denunciar y salir del entorno violento y opresor.

La pandemia y el aislamiento

“Algo de la magia, de la mística, de la utopía que se puede alcanzar cuando trabajamos con otrxs volvió a invadirnos el alma, el corazón, las ilusiones” (Cabeda, 2021, p. 2).

La pandemia llegó en un momento histórico de transición. Después de cuatro años de un gobierno nacional que había cercenado derechos, el Ministerio de Educación de Argentina estaba reiniciando proyectos y acuerdos paritarios con los gremios docentes. En la provincia de Río Negro, un nuevo gobierno del partido provincial “Juntos”, expresaba en marzo del 2020 que adhería a las medidas nacionales y que estaba en condiciones de establecer la continuidad pedagógica.

Muy alejada de esa afirmación transcurrió la realidad, pero así mantuvieron la información hasta el día de hoy. En una modalidad combinada que es halagada por los medios de comunicación afines y acordada con las cámaras empresariales del turismo, de hotelería, y otras.

Las mujeres docentes, de Bariloche y de todo el país, fuimos transitando experiencias similares. “Se identificaron en mayor medida dos cuestiones que apuntan a condiciones materiales de la vida cotidiana: la falta de equipamiento y condiciones apropiadas para trabajar en el hogar y la convivencia del trabajo con las tareas y demandas domésticas y familiares. En tercer lugar, aparece la falta de formación para el uso de recursos tecnológicos y para el trabajo pedagógico a distancia. Luego aparece la cuestión de la insuficiencia del salario o el retraso en el cobro de los haberes, lo cual resulta de una gran relevancia, particularmente, para el 73% de las/os docentes cuyo ingreso es el único o principal del hogar” (CTERA, 2020, p. 40).

La Confederación de Trabajadoras y Trabajadores de la Educación de la República Argentina también alertó sobre nuestras condiciones de salud, solo un 28% de los docentes tiene las condiciones adecuadas en sus hogares para trabajar. La falta de espacio y mobiliario redundaba en dolores articulares y musculares. Y la organización familiar se complejiza cuando simultáneamente madre e hijos están en la continuidad pedagógica virtual.

El Ministerio de Educación y Derechos Humanos de Río Negro definió la designación de cargos a través de la plataforma en asambleas virtuales, gestionadas desde la ciudad capital Viedma. Esta metodología, además de dificultar la toma de posesión de los cargos, generó desigualdades y profundizó las ya existentes como la falta de conectividad y la falta de dispositivos adecuados. Se redujeron los cargos a publicar, justificando que algunos puestos de trabajo no eran necesarios ya que no tenían grupos de estudiantes a cargo y por lo tanto, muchas maestras recién egresadas no tuvieron la posibilidad de acceder a su primer trabajo.

Durante los meses de aislamiento, en el sindicato organizamos la entrega de módulos alimentarios para esas compañeras que no lograron obtener un puesto de trabajo durante el 2020, acompañamos a las escuelas en los reclamos hacia el Consejo Provincial de Educación por alimentos, internet y dispositivos electrónicos para estudiantes. Fue emocionante y por momentos indescriptible cómo esta pandemia, a pesar de exacerbar a algunas personas que basan sus actos cotidianos en egoísmos

y miserias humanas, logró que la mayoría del pueblo comenzara a preguntarse cómo están los otros, en sus casas, en sus hogares.

Como mujeres trabajadoras fuimos protagonistas, estuvimos en casa, enseñando en los entornos virtuales y comunicándonos por todos los medios que nos permite hoy el avance de la tecnología: aula virtual, correos electrónicos, videollamadas, grupos de *whatsapp*, etcétera. Estuvimos en el gremio armando bolsones de alimentos, buscando soluciones a las injusticias laborales que se sucedían frecuentemente, pero también estuvimos en las calles, en los barrios, buscando a estudiantes, conociendo sus situaciones de vida, llevando cuadernillos, articulando con las organizaciones sociales y otros gremios porque la complejidad de las problemáticas ameritaba afrontarlas colectivamente.

Cuando la virtualidad no alcanza

Si hay alguna certeza dentro de esta situación de pandemia es que la enseñanza virtual no alcanza. No hay resolución ni disposición provincial que llegue a tapan las desigualdades y la cruda realidad de una educación pública estatal que no da respuestas a la comunidad.

En Río Negro, como en la mayoría de las provincias patagónicas, el servicio de internet solo está al alcance de un reducido sector de la población. Y además, si sumamos la pérdida de puestos de trabajos y el debilitamiento del mercado interno, abonar un servicio es un gran sacrificio o, en muchos casos, una decisión imposible.

Esta realidad, desde marzo de 2020, la conocíamos. Como docentes, madres y gremialistas, entendíamos que volver a la presencialidad era el paso estratégico para reencontrarnos con las familias y los estudiantes.

Así fue, y en este 2021 la alternancia ya no está entre la presencialidad y los entornos digitales, sino que se comparte la presencialidad con las tareas domiciliarias, trabajos a distancia, trabajo con cuadernillos elaborados por las mismas docentes y consignas de trabajos que los estudiantes se llevan “en sus mochilas” para hacer durante la semana que no asisten a los edificios escolares.

No solo los niños y adolescentes no tienen conectividad sino que en la mayoría de las escuelas tampoco existe una conexión adecuada para que las docentes envíen las propuestas pedagógicas. Esta modalidad combinada reveló las condiciones reales de estudiantes y también de la docencia.

A modo de cierre... Paradojas éticas del ser docente

“Inventamos para no errar (como nos aconsejaría el maestro Simón Rodríguez), fuimos amorosos ante el padecimiento y exigentes a la hora de reclamar que no se bajaran los brazos, porque había que saber más y para eso estuvimos nosotros/as, para favorecer de todos los modos que pudimos y supimos la necesidad de mantener vivos el vínculo pedagógico, la osadía de enseñar y el deseo de aprender” (Cabeda, 2021, p. 2).

Este tiempo de incertidumbre, de dolor por los que se enfermaron y murieron, este tiempo de angustia por un pueblo empobrecido, nos va enfrentando a paradojas y

preguntas sin respuesta: en la escuela nos contagiamos pero en la escuela nos reencontramos con el vínculo pedagógico, no estamos todes, nos vemos con dificultad, con barbijo y mascarilla, con dificultad para respirar, con frío por la ventilación cruzada... pero aquí estamos. Exigimos la vacunación y nos posicionamos en una vuelta a la escuela “cuidada” aunque sabemos que el virus avanza a pasos agigantados y supera todo.

En palabras de Patricia Redondo, así como el poeta sueña, la pedagogía puede no renunciar a hacer de la escuela un lugar donde la educación acontezca y la política adquiera la presencia necesaria para no naturalizar la desigualdad, haciendo de cada día, un día con día que enlace el sentido público y político del conocimiento con lo que a cada uno de *nos-otros* nos permite ser sujetos de derecho deseantes de otro *por-venir*. (Redondo, 2006).

Miles de imágenes de este tiempo de pandemia y de este tiempo de mujeres empoderadas se repiten en el mundo, en Latinoamérica, en la Patria Grande: mujeres que abrazan, que insisten, que perseveran, que luchan buscando la esperanza de una vida digna.

Compañeras de lucha, compañeras de sindicato, compañeras de escuela, que entendemos el feminismo como una lucha colectiva de todes; porque eso aprendimos en otros tiempos de crisis.

Aquí estamos hoy, para seguir este camino de mujeres sindicalistas viviendo en pandemia.

Bibliografía

- » Cabeda, L. (2021). Viva la pandemia. Ciudad de Buenos Aires: SUTEBa. Recuperado de: <https://www.suteba.org.ar/viva-la-pandemia-por-luis-cabeda-20638.html>
- » CTERA, Secretaría de Salud Laboral. (2020). Encuesta Nacional Salud y condiciones de trabajo docente en tiempos de emergencia sanitaria COVID-19. Recuperado de: <https://www.suteba.org.ar/download/informe-de-la-encuesta-nacional-de-ctera-salud-y-condiciones-de-trabajo-docente-en-tiempos-de-emergencia-sanitaria-covid-19-85180.pdf>
- » Redondo, P. (2006). ¿Para qué y a quién sirve la escuela? Lecciones e inquietudes para un nos-otros. Dossier. *Revista Monitor*, número 9, pp. 37-40. Ministerio de Educación de la Nación. Recuperado de: http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/monitor/monitor/monitor_2006_n9.pdf

